

con el encargo de mantener sobre los altares la llama de lo ideal, que buscan desaladas las almas en su vuelo místico, y con el fin de elevar la conciencia resplandeciente á lo infinito; mientras abajo, en la realidad, en esos dominios mas oscuros é inferiores, el poder civil, libre de toda tutela, y en la plenitud de sus derechos naturales, inspirado por la pura conciencia, pero dueño absoluto de todas sus facultades, dirigiendo la voluntad de los hombres y fundando el gobierno de los pueblos, separado tanto de la autocracia como de la teocracia, y por consiguiente idóneo para procurar el mayor de todos los bienes, la inapreciable libertad.

Concluidas las negociaciones, y puestas las respectivas firmas al pié del concordato, entró en Roma Enrique V á tomar la investidura y la corona del Imperio; porque la autoridad real y efectiva tenía de antemano acaparada. Emisarios y embajadores del Papa, por lucido séquito acompañados, le aguardaban atentos en el camino; tropas con varias enseñas, en las cuales se destacaban muchos signos heráldicos, cual cabezas de águilas y de canes y de lobos, le circuían; muchedumbres entusiastas, con palmas y ramas de olivo en las manos, le aclamaban; las órdenes monásticas con sus varios trajes y el clero secular en número incalculable le acompañaban, entonando al son de místicos instrumentos, y en el sublime cántico gregoriano, los himnos de la Iglesia. Todo parecía señalar una era de paz así para el Pontificado como para el Imperio, cuando volvieron á romper los dos poderes en abierta ruptura antes de la misma coronación. El Papa se negó á la ceremonia por no ver al Emperador muy decidido al cumplimiento de sus promesas; y el Emperador apresó al Papa por medio de sus guardias imperiales con desconocimiento de la majestad superior que acababa de reconocerle y con gravísimo desacato á su persona. Las eternas escenas de la Edad media en Roma se reprodujeron y se agravaron. El pueblo romano corrió á las armas en defensa de su Pontífice; y el ejército alemán sintió en sus entrañas avivarse las antiguas y seculares cóleras contra Roma. Un nuevo destrozo, de esos tan frecuentes en los anales romanos, cayó sobre la ciudad santa; y una crueldad nueva se ejerció en sus preclaros hijos y en sus egregios monumentos por el eterno odio germánico. Enrique V dejó la Ciudad Eterna entregada tristemente á su dolor y se llevó cautivo al Papa Pascual II, encerrándolo en fuerte castillo, donde

no tuvo ni veneración á su dignidad ni respeto á sus años, ni memoria de sus beneficios. Venciólo al fin por la triste razón y la tristísima virtud de la fuerza; y tuvo que firmar el pobre Papa otro concordato, por el cual cedió al Emperador el derecho de dar la investidura, es decir, el báculo y anillo, declarando que no podrían los prelados entrar en la Iglesia y ejercer su ministerio espiritual sin esta prévia é indispensable formalidad, privativa del poder civil. Quedaba pues destruida sin remedio la obra magna del anterior concordato; quedaba de nuevo sometido el poder religioso al poder civil. Ya podía, pues, el Emperador entrar en Roma y decir que corona y tiara descansaban sobre sus augustas sienes. En plena basílica, en la Misa Mayor, á la hora de la mas solemne ceremonia, partió el Papa con el Emperador la hostia consagrada, como si ambos á dos fueran sumos sacerdotes. Tamaña abdicación no podía complacer al clero que se imaginaba libre por el primer concordato de toda tutela temporal. Un cisma amenazaba en la Iglesia. Ningun prelado quería reconocer esta especie de sumisión. Herido el Papa, se retiró á Terracina, y en su retiro estuvo á punto mil veces de renunciar al poder espiritual, y abdicar una corona que parecía compuesta pura y simplemente de espinas. ¡Y tuvo que ir á Roma, y tuvo que presentarse ante el clero, y tuvo que declarar cómo renunciara á las investiduras compulsor por un caso de fuerza mayor, tan solo para tomar en cuenta la seguridad de sus vasallos diezmos y la vida amenazada de sus cardenales y de sus obispos! Pero, merced á esta declaración, la paz se concluyó por completo y el Imperio adquirió una prerrogativa irrisoria. Volvieron de nuevo las diferencias morales y tras las diferencias morales vinieron las diferencias materiales. El Pontificado y el Imperio no podían vivir en paz. Una fuerza superior, muy superior á su propia voluntad, los tenía en abierta guerra; y á esta ley de la guerra obedecían como obedecen los cuerpos á las incontrastables leyes del Universo.

En el año 1112 reunióse un concilio en Letran, y delante de este concilio confirmó Pascual II sus declaraciones de que la cesión de las Investiduras desdecía de sus facultades religiosas, resultando por tanto inútil y de ningun valor, así como todo acto contrario á las leyes de los santos concilios y á los decretos de los anteriores Pontífices. Tales acuerdos, tomados á conciencia y después de madura deliberación, iban seguidos de confesiones tan explícitas



como esta, en la cual resaltaba el tristísimo estado á que una impremeditada renuncia de sus derechos trajera al pobre y atribulado Pascual II: «Débil he sido, decia, como todo hombre compuesto de barro y de ceniza; declaro que obré mal y condeno la cesion de las Investiduras bajo la inmensa pesadumbre de todos mis anatemas.» El mundo se escandalizaba de estos actos, por verse claramente en ellos que si el Papa podia culpar una doctrina suya de herética, se declaraba tambien á sí mismo *ipso facto* hereje y se heria en la cabeza con el rayo blandido por sus manos. ¡Ah! No puede en nuestro tiempo, animado de otro espíritu, convencido de otras ideas; en que la separacion de lo temporal y de lo espiritual se define y establece cada vez con mas vigor, no puede en nuestro tiempo formarse nadie clara idea de lo que traian consigo material y políticamente tales competencias. Reunidas en la cabeza de una persona muchas veces la autoridad temporal y la espiritual; rey el Pontífice y hasta cierto punto Pontífice el rey; señores feudales en varias regiones los obispos y dotados de privilegios religiosos los señores feudales; mezcladas las jurisdicciones diversas; Estados casi las Iglesias é Iglesias casi los Estados; Córtes los Concilios y Concilios las Córtes; seguidos de un cortejo de obispos los Emperadores y de un ejército los Papas; sus mutuas diferencias degeneraban bien pronto en cruentísimas guerras, las cuales traian inmediatamente consigo conflictos inacabables y universales incendios. Viendo, pues, la guerra entre los estados pontificios y los estados imperiales; la guerra entre los obispos y los condes; la guerra entre los obispos alemanes y los obispos italianos; la guerra entre los partidos varios; la guerra de castillo á castillo en el campo, la guerra de barrio á barrio y de calle á calle en la ciudad, Enrique V, cortesano, vencedor, víctima del Papa, se vió constreñido por la necesidad á pedir un arreglo inmediato, partiéndose para la consecucion de este fin desde sus tierras imperiales de allende los Alpes á la soberbia y sublevada Roma pontificia. No quiso esperar lo el Papa, y como si en vez de acercarse el Emperador, su hijo predilecto, se acercara un enemigo eterno é irreconciliable, puso tierra por medio, refugiándose en la fortaleza de Benevento. Al emprender esta fuga, dejóse, como curador de sus intereses, al arzobispo de Braga, á quien le faltó tiempo para reconciliarse con el Emperador, lo cual, sabido en el asilo pontificio, desató á seguida contra él todas las excomuniones. En

estas porfías murió Pascual II, y fué designado para sucederle, bajo el influjo de una poderosa familia judía conversa, el Papa Gelasio II. Pero los imperiales, encabezados por la nobilísima tribu de los Frangipanis, asaltaron el palacio pontificio y pusieron aleve mano sobre la sacra persona de Gelasio, como si fuera un criminal en vez de un Pontífice. Salvóse este por milagro, reunió sus gentes con presteza, declaró la guerra con arrogancia, y empeñó una batalla con resolucion. Pero la perdió y tuvo que escaparse á uña de caballo, rasgadas las vestiduras pontificales, ensangrentado el cuerpo, ruborizada el alma, atribulado el corazon, perdida la esperanza. No hubo remedio. La desgracia le obligó á cambiar por las tierras de Italia las tierras de Francia, donde supo que los romanos le acababan de deponer en vida y de darle un sucesor, consagrado por el conclave y reconocido por el César. En 1119 los obispos de Francia, reunidos en Reims, nombraron frente á frente del Papa romano, reconocido por el Emperador, otro Papa que tomó el nombre de Calixto II, el cual, en aquella iglesia, en presencia de clero tan numeroso, que llevaba ochocientos cirios encendidos, lanzó con toda solemnidad la excomunion mayor sobre el César Enrique V y su falso Papa denominado Gregorio VIII. Y no se contentó con esto, sino que pasó los Alpes, cayó sobre Italia, se encaminó á Sutri, sitió al Papa su rival, que en Sutri se encontrara, lo rindió, y sacándolo con ignominia de su refugio, y vistiéndole con pieles de alimañas recién muertas y que aun chorreaban sangre, y atado sobre un camello con la cara vuelta á la grupa y las manos puestas en el rabo á guisa de brida, le llevó por las calles de Roma, como testimonio y trofeo de un triunfo semejante por la mezcla de lo aparatoso con lo grotesco á los triunfos de los antiguos emperadores romanos. Todos estos combates resonaron en Alemania y trajeron las mas funestas consecuencias para el Emperador y para el Imperio. Los rayos pontificios, blandidos por el legado Adalberto, arzobispo de Maguncia, sublevaron á vasallos no muy seguros de á quién debian obediencia, si á la autoridad civil ó si á la autoridad religiosa. Y el Emperador tuvo que limitarse á dar la investidura solamente por el cetro, y no por el anillo y el báculo como antes, y extenderse á renunciar una parte considerable de las que podríamos llamar sus prerogativas religiosas, y toda la jurisdiccion espiritual, terminando la guerra de las Investiduras por un concordato llama-



do de Constanza que confirmó el primer concilio ecuménico de los romanos, el concilio de Letran, al cual asistieron novecientos noventa y siete preladados. Y se terminó, por tanto, el conflicto de las Investiduras.

De él salieron las dos autoridades quebrantadas. Y á fines del siglo duodécimo se veía ya claramente que el siglo décimotercio, sobre todo, su segunda mitad, encerraría consecuencias nefastas así para el Sacerdocio como para el Imperio. Afortunadamente, en el período que se extiende desde la renuncia de las Investiduras por Enrique V hasta la muerte de Federico II, es decir, desde fines del siglo duodécimo hasta mediados del siglo décimotercio, aparecen dos grandes Papas, Alejandro III que preside la liga lombarda é Inocencio III que lleva el poder pontificio á su zenit, y dos grandes emperadores, Federico Barbaroja y Federico II, los cuales brillan á una con la viveza de esas luces que se animan al apagarse. Pero, tras unos y otros, así que ha pasado Federico II por el trono imperial de Alemania, é Inocencio III por el trono pontificio de Roma, sobreviene la desorganización cuasi irremediable del Pontificado y del Imperio. En estos últimos días de la duodécima centuria y en la primera mitad de la décimatercia su antigua lucha toma extraordinarias proporciones y tiene indudable grandeza. Federico Barbaroja es una especie de Gregorio VII laico, cual ha observado con verdad un profundo historiador italiano. Así como Gregorio quiere fundar la autoridad absoluta del Papa, Federico quiere fundar la autoridad absoluta del emperador; así como Gregorio reformar á los clérigos, Federico á los caballeros y á los reyes; así como Gregorio combatir el feudalismo eclesiástico, Federico el feudalismo militar; así como Gregorio establecer la unidad entre todas las Iglesias, Federico entre todos los Estados; así como Gregorio identificar la Alemania y la Italia religiosa, Federico la Alemania y la Italia imperial; así como Gregorio hacer del Pontificado un Imperio, Federico hacer del Imperio un Pontificado. Es el buen Barbaroja la autoridad imperial en su zenit. Nadie domará como él á los señores feudales de Alemania, ya sean condes, barones, duques, reyes ú obispos; nadie regirá con tanta fuerza y discreción á esos indómitos suabos dispuestos á escuchar á todas horas al Papa y á promover la rebelión; nadie se apresurará como él á refrenar ese duque de Baviera que representa la oposición eterna al emperador de Alemania; nadie reivindicará con tanto